

Pronto amanecerá de nuevo

El ruido de las gotas de lluvia sobre las ventanas del módulo de adaptación me despertó agitadamente. Vino a mi cabeza el recuerdo de aquellas lluviosas noches de invierno de mi juventud y mi pulso se aceleró. Fueron noches de estudio, seguidas de un duro trabajo que, aunque lleno de dificultades, fue gratificante y que, finalmente, me habían traído aquí, donde ahora me encuentro, en la soledad de mi discreto módulo individual. En él, con el cuerpo conectado y monitorizado a infinidad de cables que apenas me dejan moverme con libertad, siento todo esto como un reconocimiento a mi labor, pero también como algo afortunado: el poder vivir este momento especial para la humanidad.

Muchas generaciones de personas llevaban varios siglos aquí, pero todos ellos formaban parte del proyecto, como una especie más, a quienes se les estudiaba en su adaptación a las nuevas condiciones que, aunque similares, diferían ligeramente. Yo, junto con el resto de personal de apoyo a la misión, aterricé hace diez días y esta noche es, por fin, la última antes de poder salir y conocer un mundo nuevo para mí.

Tras decenas de milenios de trabajo de terraformación, la superficie tenía un aspecto totalmente diferente a las imágenes que guardaba en los archivos históricos y bastante similar a lo que, en su día, fue. La atmósfera se había recuperado y ya mantenía de manera estable las concentraciones de gases óptimas para nosotros; las variaciones de temperatura se habían suavizado, dejando atrás las extremas temperaturas diarias que azotaron una superficie sin apenas atmósfera, y el agua circulaba allá por donde encontrase un camino, llenando mares y océanos. Además, en los últimos milenios, una

infinidad de seres vivos se mantenía en ecosistemas equilibrados, aunque, eso sí, bajo una ardua lucha por la supervivencia y evolución en este, ya, nuevo mundo.

Tras concluirse las últimas fases de estabilización, yo era la persona responsable del equipo que iba a dar, por fin, luz verde a la finalización del proyecto, el último eslabón de una gran cadena de equipos de personas que trabajaron durante milenios en él, tanto desde la Tierra como desde Marte. A ello dedicaría los próximos meses. Tras haber coordinado equipos multidisciplinares de meteorología, geología, química y biología, analizando y correlacionando millones de millones de gigas de datos y comparándolos con periodos anteriores, había llegado el momento que la humanidad llevaba milenios esperando. Pronto llegaría el día en el que comenzarían a venir personas a habitarlo libremente.

El sonido intermitente del sistema de control del interior del módulo me saca de mis pensamientos. Mientras intento controlar mi emoción, disfruto de los rayos de la tormenta, que me alumbran con sus pálidos reflejos, y recuerdo, con cierta nostalgia, las clases del profesor de Modificación y Estabilización Planetaria cuando nos relataba el gran debate que aconteció en la Tierra con las dudas de la terraformación de Marte. Gran parte de la comunidad científica se opuso radicalmente a esta idea, con el objetivo de mantener inalterado el planeta, otros apostaban por limitarlo a centros de investigación y pequeñas colonias con aprovechamiento de recursos in situ, pero finalmente, la gran presión ejercida por los defensores de la terraformación hizo de Marte un lugar habitable. Cierto es que fue con ciertas limitaciones, ya que no consiguieron que la estabilización fuera autosostenible, entre otros aspectos por la progresiva pérdida de presión atmosférica asociada a la falta de campo electromagnético y a la insuficiente masa del planeta.

Y ahora, mientras miro a través de la ventana y pienso que estoy aquí gracias a una decisión tomada con gran controversia por un puñado de personas que vivió decenas de milenios atrás, me siento frágil y con una sensación extraña, de lejanía, pero a la vez, de cercanía. Con un sentimiento extraño de hogar.

Con la emoción de que pronto amanecerá, me siento y escribo unas últimas líneas en el diario que me ha acompañado en este largo viaje. Me incorporo y me acerco a la ventana una vez más, levantando la mirada al cielo. Mientras, acaricio mi vientre, y pienso que Luca será el primer niño que nacerá libre en esta nueva etapa de este viejo mundo. No puedo evitar que una lágrima de emoción recorra mi mejilla.

La lluvia arrecia y, poco a poco, se van abriendo claros en el cielo que dejan al descubierto las dos lunas: Selene, vieja conocida de nuestros antepasados; y su hermana, la hermosa Eos, fruto de la Segunda Gran Colisión que fundió la superficie del planeta y lo dejó inhabitable. Las lágrimas surcan con emoción mi rostro, *bajo el burlón mirar de las estrellas que, con indiferencia, hoy me ven... volver.*

La Tierra pronto volverá a ser lo que fue.